

Complejas señales e inquietantes realidades

El orden tecno-económico en el fin del siglo

Jorge Bolívar

1. La descomposición de la Economía política

He eludido en el título de este capítulo el término “fin”, para que no quede atrapado por las lógicas hegelianas que dominan el “fin de la historia”, donde todo termina y continúa a la vez como “consumado” y “realizado”, pero también como reiterado en su consumación. Si técnicamente la palabra “fin” no sería incorrecta, he preferido el más orgánico término descomposición para distinguir la cuestión que trataré de exponer de las formas débiles de hablar de lo que desaparece, de lo que ya no está, pero sin embargo se reitera; como así también para ligarlo, más adelante, a la idea heideggeriana de la dis-posición y de la composición.

Este ensayo está ordenado sobre una serie de preguntas, ya que el temple más adecuado a esta década de los '90 es el de las preguntas ordenadoras. Estas podrían formularse de la siguiente manera:

1. ¿Qué es lo que rige hoy con el nombre de orden tecno-económico?
¿Cuál es su esencia, si es que tiene alguna?
2. ¿Qué es lo que queda de económico dentro de él?
3. ¿Cuál es el marco ético de esta economía que se pretende política y cuál es el orden vinculante entre lo económico y lo político que funciona todavía?
4. ¿Existe un orden filosófico universalizante o una filosofía desde la cual pueda categorizarse, valorarse, organizarse y preverse este nexo entre economía y política?

5. El carácter esencialmente técnico de la tecno-economía, ¿introduce un agregado importante al orden económico preexistente? ¿O nos abre ya la puerta a novedades radicales para su despliegue de poder?

Cierta lógica expositiva que facilita la lectura de este trabajo aconseja comenzar por la segunda pregunta. Ella nos permite advertir con crudeza cómo la economía ha dejado de ser el hecho humano directo que fuera en sus comienzos, ligado esencialmente, al mantenimiento y soporte de la vida del hombre como tal.

2. Desde el *oikos* griego a la ciencia de la producción, distribución y consumo de las riquezas

El término y la idea de una “economía”, como tantos otros conceptos utilizados durante la época moderna, viene del griego *oikos* con el cual se nombraba la “administración de la casa privada, tarea que quizás podría sintetizarse en dos núcleos: techo y alimentos. El problema de los ciclos anuales, con sus estaciones desfavorables, agudizó el ingenio e hizo surgir el concepto de “previsión”, sobre todo para soportar penurias y desequilibrios biológicos, que nunca abandonaría al ideal económico. (Como la “prudencia” al ideal político).

La “casa pública” no hizo más que trasladar estas simples nociones privadas de decisiva importancia para la subsistencia humana a las “previsiones” de los gobiernos antiguos en materia de alimentación y mantenimiento de ejércitos, magistrados y recaudadores; ya que desde sus inicios el diezmo y el impuesto fueron visualizados como el eje del “hogar público”.

Pero sea lo privado o lo público de la economía lo que se privilegie, como bien lo subraya el economista francés Charles Gide, en su esencia la economía genera relaciones “que tienden a la satisfacción de necesidades materiales humanas’ y, en general, “al desarrollo de su bienestar”¹.

Habría que reconocer, inicialmente, que nada queda de esta noción originaria de economía en la sociedad actual. Con los medios productivos contemporáneos administrativos y técnicos, el ser humano en general, o si se prefiere, la sociedad planetaria organizada nacional o regionalmente estaría en condiciones de proveer de techos y alimentos a todos los habitantes de la tierra. Si no lo hace es porque este objetivo ya no es parte de la voluntad de poder que trama el más alto nivel de las relaciones económicas. Una multinacional química o farmacéutica, por ejemplo, entre gastar cinco o diez millones de dólares en investigar nuevos medicamentos o productos o darle de comer durante un año a una población africana con hambruna generalizada, opta por lo primero.

Esta lógica se reitera en casos menos paradigmáticos, pero igualmente significativos. La idea económica como *oíkos*, en el sentido de satisfacer el mayor número de necesidades humanas básicas, no es el eje del “orden” de la voluntad que en nuestros días organiza la red de relaciones de la tecno-economía.

Pero, ¿cuán política –y en esa medida manipulable desde objetivos sociales– es todavía hoy la vida económica?. Esta resulta una cuestión muy actual.

La noción de Economía política que en cierta medida todavía circula tiene su origen en el pensamiento de los que se llaman “economistas clásicos”. Jean Baptiste Say es quien formula la definición arquetípica de aquella época. En la misma caracteriza la Economía política como un saber científico: “Es –dice Say– la ciencia de la producción, distribución y el consumo de las riquezas”.

Decir que para los griegos la economía era un arte y para los modernos una ciencia, sirve para marcar la mutación de lo económico en su estatuto de sabiduría, en su forma de conocimiento, pero no nos habilita a pensar que, por lo menos hasta el siglo XIX, la preocupación humanista para encontrar en esa ciencia el mejor camino para la satisfacción de necesidades humanas básicas se hubiera transformado en grandes rasgos.

Mas, ¿cuán económico-políticos son hoy los actos de producción, distribución y consumo en ese sentido racional y moderno? Ya muy poco. Y en la modernidad es, justamente, el término ‘político’ el que nos da la clave. Progresivamente los juegos económicos se fueron convirtiendo de fenómenos de distribución espontánea o semi-espontánea en fenómenos de creación y distribución “política”, voluntaria. Y en esta voluntad, la pérdida o la confusión de una ética del poder habría de resultar fundamental en la des-composición y desarticulación del nexo económico-político realizado al servicio de necesidades básicas humanas.

3. Ética y política en la economía clásica y en sus críticas

Estamos ahora naturalmente habilitados para interesarnos por la tercera pregunta: ¿cuál era marco ético y político de esta economía que se pretendía política?

Hace falta aquí hacer un poco de genealogía de la ciencia económica y sus prácticas. El término ‘economía política’ acuñado en Europa hacia fines del siglo XVIII, se expresa en plenitud en una serie de grandes economistas ingleses, cuyo eje conceptual es Adam Smith. Cuando en su célebre texto *La riqueza de las naciones*, Smith define al capital como “toda riqueza destinada a proporcionar réditos a sus propietarios” (tomando aquí el término ‘réditos’ en su sentido más lato: intereses o beneficios), restringe éticamente este capital a “las riquezas producidas” –diríamos hoy a la creación industrial de bienes y servicios–. En cambio llama “renta” a las ganancias cuyo origen es la tierra (*rent of land*), poniendo en duda moralmente su legitimidad. Reconocía también un salario justo a aquellos trabajadores que careciendo de capital o de posibilidades económicas o culturales para procurárselo, se sumaban al ejército de la Revolución Industrial impulsado por los capitalistas.

Desde el punto de vista filosófico, el ordenar que determina a la voluntad política de la economía clásica es muy nítido. Favorecer en el juego de la

distribución de las riquezas a aquel sector de la vida económica que se veía como más dinámico: el creador de industrias en contra del terrateniente que había hegemonizado las ganancias de la economía hasta la aparición de una burguesía comercial, financiera, pero, por sobre todo, manufacturera, y a costa también de la minusvaluación de los salarios de trabajadores que, a medida que abandonaban su destreza artesanal, se masificaban en las grandes fábricas textiles y en las minas de hierro y carbón, perdiendo su valor individual.

Este orden tenía una ética: premiar al sector más dinámico en la formación de la riqueza de las naciones. Tenía también una política: los Estados debían velar por una legislación económica que permitiera estas ganancias, altas para unos, medianas para otros, bajas para los más. Este es el orden político de la economía clásica y la eficacia de *la política* que estos sectores preconizaban estaba en la posibilidad de hacer efectivas estas diferencias de retribución a través de leyes estables que no modificaran los cambiantes juegos institucionales de la sociedad.

Que esta política, emergente de su ética economicista, no fue fácil de implementar, ni siquiera en Inglaterra o Francia, lo demuestran textos como los de Marx, quien, crítico de este orden, no deja de reconocer la voluntad burguesa de luchar para cambiar el mundo. En los *Manuscritos Económico-filosóficos* escribe, por ejemplo: "el capitalista considera al terrateniente como el señor ocioso, cruel y egoísta de ayer. Sabe que lo perjudica como capitalista y, no obstante, sabe que la industria es responsable de su importancia social actual, de su posesión y sus placeres. Considera (a la política) del terrateniente como la antítesis de la libre empresa y del libre capital".

Desde el punto de vista de una voluntad de poder epocal, el liberalismo económico inglés es un "orden categorial" de la vida productiva que se sostiene en una ética de la distribución legal (y estatal moderna por tanto) de las riquezas surgida de la responsabilidad de las distintas fuerzas productivas en el dinamismo de la Revolución Industrial. No sólo es una ley económica. Es una ley política que

se sostiene en una ética, que no es una moral de las del tipo humanista, sino una ética ligada a un determinado despliegue de poder: en este caso del poder productivo y reproductivo del capitalismo naciente.

Marx va a operar, desde sus primeras obras y escritos un desorden conceptual profundo en este ordenamiento político-económico. Usará el término 'capital' como antitético del término 'trabajo' y calificará en forma, negativa la retribución que recibe el capitalista. (Lo contrario de lo que quería hacer Adam Smith).

Mientras el orden clásico procuraba una retribución alta para el capitalista, menor para el terrateniente y más baja para el asalariado. Marx ataca esta concepción, con lo cual encarnará una "subjetividad proletaria" que recién va a expresarse en el siglo XX. Más allá de las intenciones del autor, esta "subjetividad" en el marxismo operará como crítica *sociológica* de las categorías de la economía política que se irán afirmando con el desarrollo de las fuerzas productivas y con la acumulación ampliada del capital.

Pero Marx, al negar únicamente en forma sociológica el poderío emergente de las fuerzas productivas va a fundamentar su "política" en misiones sociales demasiado utópicas puestas en esa "categoría viviente" que era el proletariado (la clase "opuesta" a la burguesía industrial emergente). Esto no cambia con la perspectiva estructuralista del amor de *El Capital*. El triunfo del proletariado significaba resolver definitivamente "el antagonismo entre el hombre y la naturaleza y entre el hombre y el hombre", poniendo fin a "la enajenación humana"².

Pero económicamente –como el mismo Marx reconocía– él había partido de los presupuestos de la economía política. "Hemos aceptado su terminología y sus leyes –dirá– y hemos presupuesto la propiedad privada, la separación del trabajo, el capital y la tierra, así como la separación de los salarios, las utilidades y la renta, la división del trabajo, la competencia, el concepto de valor de cambio, etc."³.

Desde joven, Marx se sintió determinado por ese orden categorial y sólo en su obra madura (*El Capital*) podrá encontrar formas de ordenamiento y conceptualización propias, pero que en realidad, nunca se apartaron del orden de la economía clásica inglesa, sino que le dieron el carácter de un modo o de una forma de producción epocal, favoreciendo, proponiendo o vaticinando –según las variantes suscitadas por sus pensamientos– un nuevo y superior “modo de producción”: el socialista, capaz de subvertir el conjunto de economía-política y ética de lo que global y sistemáticamente llamará “capitalismo”. Y no podemos responder a nuestra segunda y fundamental pregunta hasta que no profundicemos más en la cuestión de la lucha entre dos “sistemas”.

4. Capitalismo y Socialismo: arqueología, culminación, museo

Los términos ‘capitalismo y ‘socialismo’ que hoy conocemos como antítesis sistemáticas del siglo –su “opción” estructural– aparecen prácticamente juntos entre 1839 y 1848. Siguen ambos la misma lógica: primero se identificó a los capitalistas y a los socialistas, luego se pensó en términos de doctrinas filosóficas, para finalmente conceptualizarlos como “sistemas” o “modos diferentes de producción”, a partir de la decisión político-cultural del *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels. Decisión que no hizo escuela, ni produjo prácticamente repercusiones intelectuales importantes hasta comienzos del siglo XX.

El término ‘socialista’ por ejemplo, surge casi conjuntamente en Francia e Inglaterra, sin que tuvieran un nexo conceptual común. En Francia los sansimonianos lo utilizaban para oponerlo a ‘individualista’. Entre ellos Pierre Leroux se atribuye por primera vez el uso de la palabra a la cual forjó, según él, con un “neologismo necesario”.

Diferente fue el sentido de la palabra socialismo en Inglaterra. Allí, en la escuela de Robert Owen, se hizo usual para expresar el libre enjambre de asociaciones cooperativas que podían llegar, en rebelión contra el Estado y sin la ayuda de éste, a construir un nuevo mundo económico y ético.

Los grandes pensadores liberales del siglo pasado reconocen el término ‘socialismo’, pero en cambio no reconocen el término ‘capitalismo’. Tal el caso de John Stuart Mill, que publicó entre 1848 y 1874 siete ediciones de sus *Principios de Economía Política*, con varias correcciones en cada una de ellas, sin que el término ‘capitalismo’ aparezca.

Es en la cultura alemana –en particular, en la Escuela de Viena de Carl Menger– donde la categoría filosófica y económica “capitalismo” comienza a ser discutida y enriquecida con trabajos teóricos importantes. El debate tiene lugar en varios enfoques disciplinarios: en el económico, las tesis negativas de Marx sobre el capitalismo encuentran su oposición en las teorías “positivas” del capital y del capitalismo de Eugen von Böhm-Bawerk que escribió sus dos obras principales en 1884 y 1889.

A diferencia de Marx, Böhm-Bawerk trabaja una categoría económica pura. Para este teórico, “capitalismo” es el sistema de producción indirecta (no el sistema de producción con propiedad privada, porque éste existió en todas las épocas). De manera que el capital no es la plus-valía que los capitalistas le expropián a sus trabajadores sino que son “los productos intermedios que son generados por las diversas fases del método indirecto (capitalista) de producción”⁴.

Para Böhm-Bawerk, todas las críticas sociales y políticas que se le achacan al capitalismo: la propiedad privada, el sistema del trabajo asalariado o la producción para el mercado, existían ya antes y nada tenían que ver con el desarrollo de las fuerzas productivas de la Revolución Industrial. Si a este proceso se denomina “políticamente” capitalismo, éste sólo era “producción indirecta” contrapuesta a la producción directa para el mercado de la época agraria y precapitalista.

Podríamos hoy, que la experiencia comunista y marxista soviética ha concluido, luego de setenta años de desarrollo, aplicarle estas lógicas contrapuestas. Si nos ceñimos a la visión sociológica de la economía política de Marx, como en la URSS no existieron medios privados de producción no hubo

capitalismo; si aplicamos las fórmulas económicas de Böhm-Bawerk como en la Unión Soviética hubo construcción en gran escala de medios de producción y con ella renta ampliada de capital, su proceso ha sido captialista. Un capitalismo de Estado, pero capitalismo al fin.

Hoy pocos dudan que, como en las experiencias socialistas no hubo comunidad de bienes, ni dominio del trabajador sobre su producto, ni extinción de lo político (el Estado), el carácter marxiano de las experiencias llamadas marxistas es harto discutible. Pero lo que conviene subrayar es que Marx sostuvo un primado diferente de lo económico sobre lo político, considerando a éste último una superestructura, dependiente de la estructura clasista de la sociedad, un orden que se “ofrecía” a ser abolido, prácticamente, en una racionalización de la vida económica. Esto revela que si bien el nexo político-jurídico de la economía política inglesa era evidentemente clasista, lo era por una idea concreta del poder que nace de la diferencia y de las jerarquías que otorgan a algunos, posibilidades de dominio que otros hombres y otras naciones no tienen. En cambio Marx, siendo crítico de ese pensamiento global, no tuvo una perspectiva verdadera acerca del poder. Su concepción de lo político es ingenua, cuando no utópica. No menos quizás que la de los utopistas el siglo XIX que lo inspiraron con sus ideas de trabajo individual y cooperativo, a los que calificaba de “a-científicos”.

Pero no es en el terreno de la economía política donde el aporte de Marx será importante y decisivo, si no en el campo de la filosofía, de la cultura y de la ideología. En este último sentido Marx proveyó un gran pensamiento de la vida económica que terminaron aceptando hasta sus críticos más acérrimos. El “capitalismo”, esa categoría filosófica que “ordenaba” a la sociedad fue resistida durante más de medio siglo por las grandes cátedras de la economía política, pero aceptada con sentido positivo posteriormente por aquellos países que se sintieron desafiados nacional o internacionalmente por las experiencias comunistas, fascistas y aún anticolonialistas nacionales, que comenzaron a propagarse después de la Primera Guerra Mundial; en particular, luego de la Revolución Rusa de Octubre de 1917. Fue justamente desde el centro de la

cátedra inglesa que Lord Keynes afirmó en sus trabajos posteriores a la Primera Guerra Mundial (*Economic Consequences of Peace* de 1919) la necesidad de aceptar “que el capitalismo de *laissez faire* había llegado a su fin en agosto de 1914. Paradójicamente, en el momento en que moría la “sociedad civil” de los grandes pensadores liberales, un hombre, heredero y continuador de esa tradición filosófica, acepta reconocerla, calificando a ese “capitalismo” espontáneo como “un extraordinario episodio de la vida de los pueblos occidentales”.

Los alemanes, más comprometidos filosóficamente con la categoría capitalismo, ya mucho antes, a través de hegelianos de izquierda como Werner Sombart, por ejemplo, habían realizado en el campo de la conceptualización cultural grandes avances en una visión que, en tanto aceptaba la categoría “maldita” propuesta por Marx, la calificaba en términos positivos.

Sombart procuró, a pesar de sus simpatías iniciales por el socialismo, en una revalorización del rol social del burgués, en particular del industrial innovador que arriesgaba sus ahorros en empresas en las cuales se fundamentaba cada vez más el poderío de las naciones. Procuró, pues, un nexo entre la cultura y la historia alemanas y la economía clásica inglesa, porque reivindicaba éticamente el papel del empresario capitalista en el juego de la distribución de recursos generado por las competencias mercantiles.

Entre los más célebres trabajos culturales alemanes sobre el capitalismo están los de Max Weber. Hacia 1901 publica su libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Weber, en él, mientras reconoce “la hermosa gran obra de W. Sombart sobre el capitalismo”, toma distancia de ésta en un aspecto fundamental. En Sombart no es reconocido suficientemente el rol cultural, específicamente occidental, de la organización racional del trabajo, que hace del capitalismo de algunos países europeos y del de los Estados Unidos un caso particular de capitalismo.

Insistirá en esta perspectiva en sus grandes obras posteriores como, por ejemplo, *Economía y Sociedad*.

Para Weber el “afán de lucro o tendencia a enriquecerse en el mayor grado posible”, no tienen nada que ver con el capitalismo occidental. Son tendencias que se encuentran por igual en todos los hombres y en las épocas más diversas. “Es preciso abandonar –dice– de una vez para siempre un concepto tan elemental e ingenuo del capitalismo, con el que nació tiene que ver (y mucho menos con su espíritu) la ambición, por ilimitada que ésta sea; por el contrario, el capitalismo occidental debería considerarse como el freno, o por lo menos como la moderación racional, de este impulso irracional lucrativo”⁵.

Según la visión de Weber no habría un capitalismo universal, sino más bien “capitalismos” o “distintos tipos y modelos de ‘empresas capitalistas’”. Y estas empresas han existido “en todos los países civilizados de la tierra, hasta donde alcanzan nuestros conocimientos: en China, India, Babilonia, en la Antigüedad helénica. En la Edad Media y en la Moderna”⁶. Por lo tanto, “en una historia universal de la cultura” el problema central no es, en definitiva, el del desarrollo de la actividad capitalista en general, sino la política y la administración de las formas acátales de la economía capitalista. Así distingue claramente el afán de lucro capitalista que proviene de la especulación, el saqueo, las guerras o la corrupción del poder político, de aquel que se genera en el “desarrollo del capitalismo industrial burgués con su organización del trabajo libre”.

Este capitalismo ha sido –dice– “grandemente influenciado en su crecimiento por los avances de la técnica, como por *formas jurídicas* favorables”. Que era, justamente, lo que desde un principio plantearon los economistas ingleses, en su ordenamiento. Aunque ya para Weber, casi cien años después, lo que está en juego son conceptos más amplios que los de la distribución intersectorial de las ganancias. Lo político de la economía aparece en cuestiones de mayor alcance social e institucional. “Occidente –escribe Weber– es el único que ha conocido el Estado (democrático) como organización política con una constitución racionalmente establecida”, además de un “Derecho previsible y una administración estable”: “una perfección formal técnico-jurídica”, en síntesis⁷.

Desde la investigación que realizamos, el tema a subrayar está en la ética y en la política de este tipo de capitalismo donde la parte esencial de la distribución de las riquezas son definidas por un Mercado (y por, tanto existen empresarios ganadores, más racionales en sus cálculos, riesgos y apuestas) y por un Estado, democráticamente institucionalizado, cuyo rol esencial es el cumplimiento de las normas legales de una administración *estable* antes que la práctica de una redistribución permanente de las rentas nacionales.

Esta noción política de la economía se ve ampliada con relación a la de la economía clásica, pero no la cambia fundamentalmente. Ocurre que Weber ya no estima que deban asegurarse ganancias a todos los empresarios industriales, sino sólo a aquellos capitalistas que han resultado ganadores en el “riesgo racional”, calculado, de la competencia mercantil.

Desde el punto de vista filosófico, empero, Weber muestra otra concepción o categorización del capitalismo. Ya no es ni un modo de producción epocal destinado a ser sucedido históricamente por otro “superior”, ni un sistema económico universal igual en todas partes. Es una “cultura”, un conjunto social específico y singular.

Es indudable que todas estas diferencias de enfoques económicos, políticos y culturales, no hacen más que mostrar que el “capitalismo” como tal es una categoría filosófica desde la cual se intenta ordenar, con fines descriptivos o culturales, o con fines proscriptivos y políticos, una serie de relaciones de *esencia jurídica* entre el orden económico y el orden político.

Ningún orden político es espontáneo, porque obedece o participa de él una voluntad de poder, que puede manifestarse por igual en lo filosófico-cultural –creando órdenes, valores, ideologías– o en lo estrictamente político-administrativo, forjando instituciones y leyes. Sin embargo, desde un punto de vista global, el desarrollo de las fuerzas productivas tuvo una fuerte dosis de espontaneísmo hasta fines de siglo XIX. Existe hoy cierta mentalidad que cree

que algo similar se está volviendo a vivir en estos días. Un pensamiento de este tipo me parece insostenible, Lo que actualmente se denomina “triunfo del capitalismo”, “economía de mercado”. “Estado de Derecho” o aún “Democracia política” están tan lejos en su contenido fisiológico-corporal de lo que estos nombres significaron para la época del llamado capitalismo espontáneo, que sólo un juego referencial de tipo metafórico-político puede encontrar semejanzas donde sólo hay enormes diferencias.

No existe ya ni la “economía política”, ni la “sociedad civil”, ni el Estado del siglo XIX. Tampoco “existe” esa categoría ordenadora “capitalismo” en la práctica; categoría filosófica que ha sido fundamental para pensar a los juegos económico-sociales del siglo XX como conjunto, en la forma de una com-posición que a veces tuvo mucho de im-posición.

El orden vinculante entre lo económico y lo político no es hoy el de la Economía política clásica, ni el del capitalismo de Carlos Marx, ni el de la economía pura de Böhm-Bawerk, ni el de la singularidad cultural de Max Weber, aunque esta última postura podría ser en cierta medida asimilada por la globalización de los diferentes “capitalismos racionales”, aunque ya no por la mundialización lisa y llana del mismo. ¿Quién administra allí globalmente la perfección técnico-jurídica? ¿Cuál es el lugar –el *tópos* físico y político– de la administración estable mundial que hace previsible al mismo Derecho en todas las regiones de la tierra?.

Lo esencial es destacar que nada queda del *orden vinculante* entre, economía y política que existió en el pasado, aunque, como lo señala el escritor francés Jean Baudrillard, “lo sobredeterminemos metafísicamente” en el espejo de la producción⁸.

5. El vacío del orden económico-filosófico globalizante

A nuestra cuarta pregunta del comienzo acerca de si existe una cosmovisión filosófica universalizante que pueda expresar a la economía y a la

política y a sus nexos jurídicos como órdenes presididos por el antiguo *oíkos* de la satisfacción de necesidades humanas, sólo podemos responder negativamente. Además y mientras lo escribo percibo que la categoría “necesidades humanas” no puede ser definida por ninguna sabiduría actual. De hecho tampoco existen los parámetros últimos de la requisitoria.

Si la tecnoeconomía no es o no expresa necesidades específicamente humanas ubicadas en el plano de la simple subsistencia, sino se da un orden de dimensiones o perspectiva humanistas que vincule a lo político como poder con lo técnico-económico como potencia, y si el “capitalismo” no es ya una categoría válida para comprender el juego del mundo en su despliegue de voluntad y fuerza, el vacío filosófico y conceptual de la instancia globalizadora igualmente activa, adquiere cierta angustiosa presencia.

Pero no podemos pensar lo actual sino reconocemos los grandes cambios sucedidos desde la Primera Guerra Mundial, y, en particular, a partir de la Segunda (en la que llamaríamos etapa colectivista-estatista-desarrollista) y los comparamos con lo que ocurre ahora tras el fin de la guerra fría y el ocaso del “capital” como factor estratégico máximo del orden de la producción.

Durante las guerras, las fuerzas productivas, vistas como poder a secas, se transformaron globalmente en todas las grandes naciones (incluso en las de tradición liberal) produciendo una metamorfosis profunda en la trama y en las dimensiones de la sociedad, justamente aquella que en su *Contribución a la crítica de la Economía Política*. Marx quiso estudiar “anatómicamente”. Formas colectivas diversas se instalan, integrando a los juegos individuales o grupales cuando son existencialmente ricos, o subordinándolos en forma paternalista: insectificándolos en algunos casos, o destruyéndolos lisa y llanamente. Pero estas formas son cada vez menos manipulables desde la voluntad individual. Adquieren crecientemente, antes que una dimensión humana, una dimensión técnica.

La “movilización total” que trajeron las guerras y las formas bélicas y competitivas de concebir lo económico como una de las experiencias culminantes

del poder, así como los distintos estatismos que construyeron los “Leviathanes tecnoburocráticos” –liberales, conservadores, socialistas o nacionalistas– que se sienten servidores del desarrollismo económico, militar y social inducido del siglo XX, aceleran y profundizan los alcances y la magnitud irreversible ya de estos hechos. La del fin de siglo, más que una simple sociedad de individuos vinculados por una economía humana, es una compleja y dinámica sociedad de organizaciones múltiples y entes más o menos colectivos, pictórica de juegos masivos, productivos, informáticos y comunicacionales de poderío.

Sería justamente John Maynard Keynes, el erudito económico de la “General Theory”, pero también el práctico constructor de los acuerdos de Bretton Wodds que pusieron en marcha el Fondo Monetario Internacional, el que advirtiera el desajuste entre la economía real y la economía simbólica (moneda, crédito, etc.) de la década que culmina en la gran depresión de los años 30. Sin renegar de su tradición filosófico-económica, va a procurar dar respuesta a una época con propuestas que bien pueden ser calificadas de revolucionarias. Posibilita orgánicamente una perspectiva macroeconómica de tipo nacional, comunitario, que abandona las categorías más o menos individualistas del orden económico tradicional del siglo pasado, para afirmarse en variables estatalmente manipulables en forma colectiva y nacional. Este es el momento en que nace el postliberalismo. El desarrollo de las fuerzas productivas deja de ser un fenómeno impulsado por capitalistas individuales creativos, para convertirse en un problema de Estados. En los pueblos de tradición liberal los empresarios privados conservan una gran importancia productiva y cultural. En los nuevos Estados totalitarios ésta decrece hasta prácticamente desaparecer como en la Unión Soviética. Los pueblos más débiles intentan formas mixtas donde el Estado maneja la macroeconomía para favorecer el desarrollo de burguesías nacionales.

El desajuste entre la economía real y la simbólica es reparado tanto por la desaparición del patrón oro que condicionaba la expansión del capital financiero como por el orden macroeconómico que permite manejar las variables de desocupación, bajos salarios o déficit fiscal a través de cuentas nacionales:

producto bruto, renta nacional, etc., lo que crea nuevos criterios *políticos* con los cuales la economía y la tecno-economía comienzan a desplegarse a partir de las guerras mundiales. Los estados nacionales necesitaban cada vez más poderío económico para aspirar a un mayor poderío bélico y a una situación social que no fuera terreno fértil para las demandas revolucionarias de las clases trabajadoras, Este era el signo dominante de la voluntad política.

Desde la óptica de una sabiduría más global que ideológica cabe distinguir grandes relaciones epocales –con sus respectivas voluntades dominantes– en este desarrollo de fuerzas y de formas productivas. La época que llamamos “capitalismo espontáneo” tiene su núcleo de poderío en el empresario privado, dinámico y emprendedor; la época del desarrollismo económico y social traslada esa subjetividad predominante al Estado y a las luchas por su gobierno y manipulación. Hacia 1960 ya comienza a hacerse visible otro estadio en cuerpos sociales cada vez más cercanos a un funcionalismo orgánico-técnico. Adviene en plenitud la sociedad tecnológica de consumo –con su enorme multiplicación de redes de poder– la cual va transfiriendo lentamente la iniciativa a la innovación tecnológica. Es ésta la que llama al conocimiento y a la voluntad de conocimiento como factor de poder (y a la consiguiente red informática que las articula y planetariza) a ocupar el centro de la escena histórica.

Ya Herbert Marcuse anunciaba en 1962 que esta “sociedad tecnológica es el último estadio en la realización de un proyecto histórico: la experimentación, transformación y organización de la naturaleza en cuanto vasto objeto de dominio”⁹.

Heidegger, varios años antes, había advertido, además, que el hombre era la principal “materia prima” de este experimento. “El ser humano –advertía– sufre el control, la exigencia y el orden de una potencia que se manifiesta en la esencia de la técnica a la que el mismo no domina”¹⁰.

6. El orden tecno-económico actual

De hecho hemos entrado ya en los dominios de nuestra última pregunta, la cual, sumada a las anteriores, nos remite a la primera incontestada y, posiblemente, por cierto tiempo, incontestable.

El carácter sólo superficialmente político de la economía, o, para expresarlo mejor, el carácter esencialmente técnico de la tecno-economía, ¿nos abre la puerta de novedades radicales en nuestras formas de hacer cultura, economía y política?

John Galbraith está bastante convencido de ello y esto en el corazón mismo de la economía real ya que, a su juicio, hoy “la tecnoestructura es la inteligencia o cerebro que guía a las empresas”. Pero ¿cómo las guía? Bélica, competitivamente, en el más puro estilo del animal superior. Para enseñorarse y dominar determinadas áreas comerciales y productivas.

Todo conduce al disponer, a la dis-posición, diría Heidegger. Pero ¿quién compone? ¿Quién juega a la com-posición?

En sus apreciadas meditaciones de los años 30, otro gran pensador alemán. Ernest Jünger, escribió que “el resultado invisible de la guerra es la movilización técnica del mundo por la figura (*gestalt*) del trabajador”¹¹. Para el autor de *Tormentas de acero* el siglo desplegaría una lucha de potencias y poderes desatados que “preparaban una nueva construcción orgánica del mundo”. “Todos los medios técnicos –decía– poseen un rango bélico, secreto pero indisimulable”¹².

Al finalizar el siglo podemos verlo con claridad. Esto ocurre porque su destino no es producir economía –*oikos*– ni economía política, ni siquiera política; tan sólo poder. Vida y poder.

Pensar en estas dimensiones competitivas de la globalización, de hombres, pueblos, culturas, naciones, estados, empresas de todo tipo, con una perspectiva liberal, sería no sólo seguir creyendo que existe una “sociedad civil” totalmente

separada del “Estado”, sino que el empresario y el obrero son dos figuras metafísicas antagónicas de la fuerza del trabajo. Sería seguir creyendo que la economía política es la relación jurídica del mando y que ésta es la esencia del poder. Son ideas modernas que han quedado atrás al fin de la modernidad. Hoy el liberalismo es sólo un gran yacimiento de sal en el gigantesco océano de la historia.

Tiene una mayor relación con el poderío el esfuerzo del neoconservadorismo por re-componer (y no sólo disponer, aunque aún no componiendo) una ética del trabajo y una reorganización de la lucha de clases en nuevas condiciones. Es que ya Daniel Bell, en su obra *El advenimiento de una sociedad post-industrial*, trató de “demostrar que la tecnología (incluyendo la tecnología intelectual) y la codificación del conocimiento teórico como nuevo principio para las innovaciones y las políticas están remodelando el orden tecnoeconómico, y con él también, el sistema de *estratificación* de la sociedad”¹³.

Lo que primero nos recuerda la frase de Bell es que aunque el estructuralismo marxista haya quedado descartado como instrumento de análisis y comprensión de la realidad, no podemos prescindir de una consideración de las clases sociales al finalizar el siglo. Desde el neoconservadorismo norteamericano ha existido a partir de la década del 70 una poderosa iniciativa destinada a redefinir a las clases sociales por el rol productivo que cumplen. Una tarea semejante a la que llevó a cabo la economía política inglesa en el siglo XIX. Los “técnicos de la técnica”, como los definiera hace décadas Ortega y Gasset, ¿constituyen una nueva clase social? Para que ello ocurra, con una ética de poder de tipo poscapitalista, es necesario que el sector de la innovación y la comunicación informática obtenga mayores retribuciones en sus trabajos que los otros. Debería crecer una conciencia de clase privilegiada en ellos y, sobre todo, sería necesario que las nuevas sociedades reconozcan el poder que les deben a sus invenciones y conocimientos productivos. Esta figura clasista no está impuesta como tal, ¿pero no comienza por su sola presencia a mostrar como parasitarios a los simples poseedores de capital o de materias primas, como hizo la Economía clásica con los terratenientes agrarios?

No se trata de la desaparición de los capitalistas en la economía poscapitalista, como tampoco desapareció el dueño de tierras de la economía agraria en el capitalismo, sino de subordinar su papel a un orden de poderío orgánico superior.

Igualmente, y para no quedar desactualizados, conviene preguntarse: ¿las injusticias distributivas de fin de siglo tienen que ver esencialmente con el juego entre capitalistas y obreros? ¿O —en un nuevo escalón de lo colectivo— son complejos privados o público-privados los que tratan de imponer legislaciones que los benefician nacional o internacionalmente en estos nuevos juegos de la tecnoeconomicidad? ¿Hasta qué punto los grandes desequilibrios en la distribución de riquezas y posibilidades no tienen ya operando una lógica que revierte poder diferencial (mediante patentes y *know house* hacia los grandes centros de la estrategia poscapitalista en detrimento de los grupos sociales o las zonas que no pueden producir estos mecanismos de producción innovadora?

¿Existe ya una lógica de poder económica nueva operando que posee una ética del trabajo y que piensa en términos de voluntad de diferencia y, quizás más que en formas de explotación o marginación, en términos de poderío diferencial?

No tenemos categorías filosóficas para indagar a la economía. El gran pensamiento de Marx sobre el capitalismo es anacrónico. La misma operatividad macroeconómica keynesiana no puede controlar un juego mundial y global solo desde cuentas nacionales que operan cada vez más desde economías moneratistas crecientemente simbólicas y represoras de la microeconomía de la vida real.

Podemos, sí, imaginar que es lo que se preguntaría un nuevo Marx: buscaría saber quién manda en este mundo. ¿Cuál es la clase social dirigente de este sistema económico mundial? ¿Los ejecutivos de los grandes conglomerados internacionales?, ¿los propietarios de las acciones de estas empresas en cuyas

manos está la mayor concentración de ellas?, ¿los técnicos que procuran con sus conocimientos e investigaciones acrecentar la productividad de ciertas empresas y de ciertas mercancías a costa de la pérdida de ganancias y mercados de otras? Es evidente que un nuevo Marx tendría que pensar de otra manera el juego del poder. En este gigantesco “modo de producción” pictórico de interredes y de roles interrelacionados, no hay *modalidades* únicas. Los amos se metamorfosean en esclavitudes diversas. Además, lo esencial quizás: no se advierte una plusvalía que otorgue un plus-poder a la hora de ejecutar un *dominio planetario, más o menos permanente*.

¿Qué es, a su vez, lo que se preguntaría un nuevo Keynes? ¿Desde dónde podemos medir, estimular y controlar temporalmente las fuerzas macroeconómicas globales? ¿Qué sujeto colectivo integrado manda en la globalización como para producir “efectos económicos de demanda”? No existe en plenitud el odiado (pero obscuramente exigido) Imperio. Algunas voluntades políticas, utilizando ciertos centros de poderío, asumen todavía la responsabilidad del mundo como tal: en EE.UU, en Alemania, en Rusia y en otras potencias, pero se muestran incapaces de responder desde su ejercicio político al desafío de la maquinaria tecno-económica global. El grito ecológico de la Tierra para ser salvada obra sólo como un fondo trágico de la lenta extinción de la vida sobre el planeta. Es que ella es impulsada justamente por la plenitud desatada y desbordada de las fuerzas vitales hominizadas técnicamente. Tampoco se advierten voluntades que desde lo productivo puedan pensar el mundo como una totalidad orgánico-técnica en juego. Las voces existentes en este sentido no tienen dominio, hablan más bien desde la impotencia amenazada. Todavía predomina el productivismo y la competencia más que el interés por una perspectiva macroeconómica global. Predomina la dis-posición.

7. Las señales del fin de siglo

En una agenda de fin de siglo que contenga las principales señales de la tecnoeconomía deben aparecer en primer lugar una serie de severos desajustes y tensiones:

1. Entre la economía real y la simbólica;
2. Entre clases que no terminan de ordenarse en función a su dinamismo actual y clases que permanecen altamente remuneradas a pesar ya de su escaso valor macroeconómico;
3. Entre mercados mundiales y poderes políticos sólo nacionales o regionales;
4. Entre saberes y categorías económico-filosóficas epocales anacrónicas y los nuevos desafíos que no tienen, prácticamente, ni pensadores, ni sabidurías globales, ni categorías específicas para comprender la gigantesca novedad del ordenar técnico. Ordenar que se expresa en una inmensa y sostenida disponibilidad de los seres y de las cosas a la esencia del poder, aún guerrera, impiadosa, concurrente y competitiva de aquellos a lo que insistimos en llamar "economía", o "economía política", aunque no tenga ya nada de *oikos*, ni de política humanista, ni de orden en un sentido escolástico. Es, más bien, permanente auto-organización de un desorden que sólo construye sobre las destrucciones.

Ello no quiere decir que debamos esperar de este cuadro de desajustes catástrofes obligadas. Existen innumerables caminos para remontar los grandes desafíos de estos desajustes y tensiones. Pero tampoco conviene descartar sucesos altamente conmovedores. Las rupturas que he enumerado son como las tallas de la tierra en la zona Oeste de los Estados Unidos donde están construidas algunas grandes ciudades. Siempre se espera allí desde pequeños movimientos sísmicos hasta devastadores terremotos.

Lo que no se puede ocultar es que la exigencia de una mayor globalidad ordenadora se ha hecho presente en este campo al finalizar el siglo. El desafío para el pensar, hijo de la filosofía –y con ello el desafío a la última y más fuerte

forma de expresar la voluntad— esta planteado. En *La sentencia de Anaximandro* Heidegger estimulaba la posibilidad de un pensar que busque no tanto “últimas *ratios*” o ciencias particulares, sino “la esencia epocal del ser que produce”. Y como el autor de *Ser y tiempo* afirmara en *El principio de identidad*, el nombre para esta provocación que dispone de este modo al hombre y al ser, el uno respecto del otro, de manera que alternan su posición, reza: “com-posición”.

Tenemos pues, frente a la des-composición de la economía política y a la enorme disposición de lo tecnoeconómico, a la que todos servimos y de la que todos somos servidos, una perspectiva en curso, la neo-conservadora de la re-posición. Recomposición de clases, reconstrucción de una ética del trabajo, de una distribución de poder hija de esa ética clasista, que intenta reproducir en un orden superior el viejo marco capitalista de la economía política clásica. Pero existe sobrepasando esta reposición una guerra competitiva que puede destruir hasta la dis-ponibilidad misma. Así como una exigencia de productividad para la innovación, en el corazón de lo viviente que puede llegar a desunirlo. Tal el fondo trágico del juego.

No es todavía el lenguaje del pensar el que habla en la re-posición. El hombre y el ser mundo se dirigen sólo el uno al otro en la com-posición, “la com-posición —decía Heidegger— tiene más ser que todas las máquinas, más ser el que el peso de la organización, la información y la automatización” globales¹⁴.

Si la técnica, por su esencia, se muestra como desencadenamiento y como dis-ponibilidad y si lo que hoy llamamos economía, por su voluntad empresaria, animal, competitiva y guerrera moderna, en el perfeccionamiento de tecnoestructuras cada vez más inteligentes, agresivas y productivas, se expresa también como disposición. ¿Quién com-pone? ¿Quién juega a la com-posición del orden técnico económico? ¿Dónde están las fuerzas que se deciden por el com-poner?

Con una perspectiva social, Marx intentó componer la economía con un “modo de producción” que, desarrollado en forma liberal o en forma social-estatista, fue fundamental para ordenar las caóticas fuerzas económicas y políticas de la sociedad industrial. Keynes, con fundamentos más propiamente económicos, también compuso la economía en un pensar macroeconómico nacional que pudo llegar a lo regional a través de acuerdos internacionales, en particular monetarios. Su Teoría General fue fundamental para que los estados capitalistas y aún socialistas encontraran ordenamientos que permitieran organizar las gigantescas fuerzas de la sociedad de masas de la guerra y de la posguerra.

Pero estas composiciones son débiles ya, *sobre todo en el marco globalizante*. En éste, prácticamente han desaparecido como fuerzas subordinantes y unificantes, transfigurándose en prácticas culturales, múltiples y reiteradas, cada vez menos poderosas.

Queda abierto al fin de siglo la posibilidad de experimentar un juego de pensamiento que exprese, conjuntamente, la economía del hombre, con la técnica de la economía, pero ya no sólo como voluntad de apropiación y dominio o como disponibilidad material y humana, sino como com-posición que contenga, proyecte y ordene la gigantesca liberalización de las fuerzas tecno-económicas.

El post-industrialismo requiere además de un pensar económico post-industrial, un pensar, globalizante y singular a la vez, que vaya más allá de una modernidad económico-política culturalmente agotada.

Notas

¹ Charles Gide, *Curso de Economía Política* El Ateneo, Buenos Aires, 1959.

² Carlos Marx, *Manuscritos económico-filosóficos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

³ *Ibid.*

⁴ Eugen Von Böhm-Bawerk, *Capital e interés. Historia y crítica de las teorías sobre el interés*. Fondo de Cultura Económica, México, 1945.

⁵ Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona, 1969.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*

⁸ Jean Baudrillard, *El espejo de la producción*, Gedisa, Barcelona, 1980.

⁹ Herbert Marcuse, "Acerca de la ideología en la sociedad industrial altamente desarrollada" (Contribución presentada ante el Fifth World Congress of Sociology, Washington, 1962). Publicada en *El Concepto de ideología* Selección sistemática de textos de Kurt Lend, Amorrortu, Buenos Aires, 1974).

¹⁰ Martin Heidegger, *Entrevista Der Spiegel*, Tecnos, Madrid, 1969.

¹¹ Ernest Jünger, *El trabajador, Dominio y figura*, Tustquets, Barcelona, 1990.

¹² *Ibid.*

¹³ Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, Madrid, 1977.

¹⁴ Martin Heidegger *Identidad y diferencia*, Antropos, Barcelona, 1988.